



reseña del poemario  
*La rutina de la nieve,*  
de Luis Llorente Benito  
(Madrid, Huerga y Fierro Editores, 2010, 85 p.)

Review about collection of poems  
*La rutina de la nieve,* by Luis Llorente Benito  
(Madrid, Huerga y Fierro Editores, 2010, 85 p.).

*Luz Mercedes Orrego Morales*<sup>1</sup>

Recibido el 9 de julio 2011  
Aprobado el 19 de septiembre de 2011

---

1 Máster en Estudios de Asia Oriental. Doctoranda en Filosofía por la Universidad de Salamanca (España).  
Correo electrónico: merce151617@hotmail.com



**Resumen:**

Esta es una reseña acerca del poemario *La rutina de la nieve*, del poeta castellano Luis Llorente Benito, que pretende, dar a conocer las nuevas voces de la poesía contemporánea española, desconocidas para los lectores latinoamericanos, y mostrar cómo la voz de un joven español puede seguir revelando la profundidad del pensamiento en lengua española.

**Palabras clave:** Poesía, Misticismo, Filosofía, Imaginación.

**Summary:**

This review is about poems written by the castellan poet, Luis Llorente Bentio, called *La rutina de la nieve*, is a study intended to show new voices of todays Spanish poetry, wich are unfamiliar to latinoamericans readers. It´s the pretention of teaching how a young Spanish voice can revealed the deepest of thought in Spanish tongue.

**Keywords:** Poetry, Mysticism,Philosophy, Imagination.



Para un lector latinoamericano, la costumbre cuando se nos pregunta por la poesía española suele ser remitirnos a Federico García Lorca, Antonio Machado, Miguel Hernández, Jorge Manrique, Rafael Alberti, Góngora, Quevedo, Lope de Vega, entre otros del repertorio más antiguo y moderno; quizás se pueda nombrar también al poeta Antonio Colinas, que se ha encontrado alguna vez de visita en la ciudad de Medellín. Pero muy pocas veces tenemos la oportunidad de tener un verdadero diálogo con la poesía contemporánea española. De sus nuevas voces poco conocemos, a menos que tengamos la oportunidad de vivir algún tiempo en alguna de sus ciudades estudiantiles, y es una lástima, porque tanto lo que se escribe en voces jóvenes en Latinoamérica como en España debería fluir en un intercambio constante. Uno de los nuevos descubrimientos que he hecho en la poesía española fue el poemario *La rutina de la nieve*, del joven poeta castellano Luis Llorente. Dada la casualidad he tenido la oportunidad de escuchar de viva voz su poesía, y conocer siempre sus últimos escritos, gracias a la amistad en que nos ha unido nuestro amor a la poesía. Su poesía recuerda la idea de que la religión, la poesía y la filosofía, como dice María Zambrano, se dan luz mutuamente. Con esto quiero decir que la lectura general de este pequeño poemario produce en el

lector un profundo sentimiento de anhelo de la unidad perdida, de la luz, y esa búsqueda puede ser a través del erotismo, la verdad, la materia del tiempo que se hace rutinaria, y algunas veces trasvasa la nieve para encontrar el calor en el alumbramiento de una palabra.

El poemario se encuentra dividido en tres apartados: el primero lo componen algunas citas que el autor ha elegido de diversos poetas como son José Hierro, Ignacio Barbudo, Angélica Becker, y el grupo musical Héroes del silencio, entre otros. Las citas no están elegidas al azar, todas hacen referencias a la luz, a la nada, al abandono, a lo sublime y al cuerpo. Las solas citas son una seña para el lector: son un preámbulo de lo que nos espera en las próximas páginas. Aparte nos encontramos las otras dos divisiones, que se denominan *Intro* y *La rutina de la nieve*, respectivamente. Los primeros cinco poemas de la *Intro* son cortos, sin título, y nos dan una aclaración sobre su concepción de la poesía como luz, silencio que se destruye con el tiempo, abandono del ser mismo, lugar de llegada. Alguna vez, George Trackl declaró que “la única morada posible para el poeta es la palabra”; aquí nos encontramos con esto. La lectura de estos cinco poemas, más bien breves, nos detiene en esa pregunta que no sólo le corresponde a un poeta, sino también a un filósofo: la pregunta por el ser, por el tiempo que recorre a veces en una lentitud, que quizás pueda ser relativa. En algunas de las imágenes del Poema V, nos lo nombra así:

*Inocente y débil  
surge la luz en este espacio íntimo.  
Como un tenue rumor que aparece pronto.  
Como las líneas de un dibujo recién comenzado  
el poema es el origen de la voz* (Llorente, 2010, p. 19).

La *Intro* es una puerta de entrada a esa cuestión que une a la religión, la poesía y la filosofía: la vuelta al origen, la luz, aunque las tres por diferentes lenguajes, pero aunadas por una misma cuestión. En este poeta no nos debemos olvidar que este sondear entre las palabras la integración de su ser es algo que parte de la intimidad, el tiempo que recorre sus poemas es el de adentro. Podemos decir que Llorente es un poeta de la luz y la intimidad, algo cercano a lo místico y a lo filosófico.

La tercera parte compuesta por *La rutina de la nieve* la componen una serie de poemas, algunos titulados, otros sólo con numeración romana. Aquí

sí entramos en la cuestión central del poemario: la unidad perdida. Puede ser que esta pregunta se la hayan hecho muchos poetas, desde antaño, pero en poesía nada hay nuevo, todo nos remite a las mismas metáforas como decía Borges. Lo que nos resulta vivificante, lleno de espíritu, es el modo como se conjugan las palabras. Y esto logra esta poesía que refleja la profunda mirada de un joven, aún inocente ante la vida, pero con la sabiduría de alguien que hubiera vivido muchos años. Estos poemas nos remiten al abandono, pero entendido con varias variables: una existencial, y otra correspondiente a la experiencia amorosa, al encuentro erótico. Dice:

*Intento entrar en materia  
y no sé si puedo. De momento  
me conformo  
con escuchar este silencio (p. 23).*

Así nos da indicio de lo que puede ser la dicha de enmudecer, la espera de esa palabra que nunca alcanzará el absoluto, haciendo recordar que alguna vez lo hayamos en nuestra memoria ancestral, la curiosidad de hurgar el misterio contenido en un punto donde comienza el camino. El poeta nombra tres palabras que lo acompañan a lo largo de este poemario: el poema, la luz, la nieve. Con ellas nos hace entender el poema como el lugar de residencia, lugar de encuentro y desencuentro, lugar del amor tanto místico como humano, posibilidad de rozar la luz. La nieve como el tiempo que emerge rutinario, materia que consume la luz, y el asombro, donde se terminan las posibilidades.

Desde la propuesta de la *Poética de la ensoñación* de Gastón Bachelard (1960), podemos considerar que este poeta nos pone entre dos ensoñaciones: la del agua y el fuego. Nunca podemos determinarnos por alguna en su poesía, puesto que el agua aquí se apropia de las profundas e insoldables preguntas, que apelan al lector. Dice en el Poema XXXIV:

*Hemos estado en el temblor de la nieve.  
Estamos ahora como soles sin tiempo.  
Estamos como verjas tras tus ojos. Estamos aquí.  
La tarde no escucha ni cura. Nosotros  
amamos la luna y ponderamos los cristales  
de tu lluvia  
inmensa como un árbol (p. 63).*

El agua es materia, que quiere fluir pero se condensa en nieve, que cubre a la tierra con un manto, por la cual se nos hace lejana y nos da la oportunidad de adentrarnos, de que el tiempo interior se marque como un reloj rutinario. Dice el Poema XLI:

*Somos el origen del olvido; la rutina de la nieve* (p. 76).

Pero no existe un solo elemento que pertenezca a la ensoñación del agua; también está la lluvia, que es materia que hace que la nieve pierda su peso de nostalgia, la humedad de la lluvia que abraza el tiempo perdido y las despedidas, pero también el encuentro amoroso. Dice en el Poema XXV:

*Como si fuéramos  
dos heridas o dos olvidos  
en el mutismo secreto de la lluvia  
o en el temblor prohibido de la unidad.*

O esta otra imagen:

*porque somos lluvia  
y nos parecemos al amor* (p. 48).

Por otra parte, el poeta no nos deja simplemente con la materia del agua; hay un fuego que habita su poesía: es la luz de la verdad, de la unión con el absoluto, que ilumina la integración y es respuesta. En su poema *La verdad en mí* lo muestra así:

*La verdad es caminar por esta línea  
y no caerse (como el trapecista por la cuerda floja)  
caminar  
con la certeza de saber  
que la luz  
está conmigo* (p. 33).

Es por esto que la presencia del fuego nos recuerda al fuego de Heráclito, al rayo que es un llamado hacia la verdad intangible, pero viva dentro de cada uno.

Podemos decir que esta poesía puede conjuntar dos elementos para la ensoñación poética: el agua y la luz, desbordarse entre la rutina y el asombro, el abandono y el encuentro.



Por último, como se ha dicho al principio de esta reseña, es también la búsqueda filosófica que se hace poesía, como dijo alguna vez María Zambrano: “Filosófica la pregunta, poético el hallazgo”. Es de valorar que un pequeño poemario contenga tantos valores, y que en él se pueda comprender por qué la profundidad del pensamiento español siempre deviene en poesía.